

El poeta **Dionisio Cañas** nos presenta a los poetas españoles e hispanos que han vivido en América desde los años setenta

4197

PARA los poetas españoles que empiezan a escribir hacia los años setenta, Nueva York es una imagen familiar dentro de su formación cultural. Esto no descarta que su relación con la gran urbe no sea igualmente conflictiva, pero, por lo general, poseen ya un lenguaje poético mucho más apto para enfrentarse a la metrópolis. Los poetas jóvenes de lengua española que escriben en Nueva York, a partir de los años setenta, hacen parte de la poesía posmoderna (y tienen conciencia de ello), la cual recoge la modernidad y su crisis como una tradición poética más, y de ella se sirven de igual modo que puede servirse de la tradición más rancia.

De cualquier manera, hay que tener en cuenta que cada uno de estos escritores proviene de un ámbito cultural muy diferente y presenta una variadísima gama de registros poéticos, los cuales están relacionados con sus diversas intencionalidades estéticas o éticas, y con circunstancias existenciales muy diferentes.

A partir de los años setenta se instalarán en la capital americana algunos poetas peninsulares. Los hermanos Zaya (Octavio y Antonio, gemelos nacidos en Las Palmas de Gran Canaria en 1954) se separan a finales de los años setenta; y en 1978, Octavio viene a vivir a Nueva York, ciudad donde reside actualmente. No obstante, su primer libro de poemas, *Aproximación de la manera más abrupta*

(1982) aparecerá como una colaboración de los dos hermanos. Este libro viene a ser un inventario de sucesos personales, donde la identidad de los autores, y la de otros personajes que intervienen en sus vidas, o en la fabulación de la existencia, se enlazan en un laberinto de emociones y de reflexiones sobre la escritura y la poesía. Se da en sus textos una voluntad antiheroica frente a cualquier tipo de certeza; la duda viene a ser el motor de su lenguaje.

Pero no es una duda que busca la compasión ajena, sino que, por lo contrario, parte de una firme voluntad de desposesión de todo tipo de retórica sentimental. Los

sentimientos son ya huecos, reflejos que quedan como huellas en los espejos opacos del lenguaje. Si hay un ganador en estas «aproximaciones» a la vida es la palabra.

Octavio Zaya ha tenido siempre una actitud crítica respecto a la poesía española de su generación, y por ello ha ido orientando su interés hacia la poesía estadounidense. Su discurso es, sin duda, hermético, pero participa de un discurrir poético que juega con la inmediatez, la reflexión poética y la imaginación. Por otro lado, Octavio se ha dedicado en los últimos años casi exclusivamente a la crítica de arte y al periodismo. No obstante, poemas suyos (algunos

escritos en inglés) han sido publicados en catálogos de exposiciones y en revistas de arte. Estas circunstancias hacen que la poesía de este autor sea poco conocida en España.

Zaya llegó a Nueva York de los años setenta y vivió intensamente las experiencias culturales y sociales que en esos años le ofrecía la metrópolis; este escritor reside aún en Manhattan y está muy ligado a las actividades de los artistas plásticos españoles (y norteamericanos) que han vivido o viven en esta ciudad.

Cuando Luis Moliner (Lumpiaque, Zaragoza, 1949) publicó *Balada de la misericordia* (1989), aquél llevaba ya algunos años residiendo en Nueva York y, aunque había escrito varios poemarios, sólo tenía editado *Los cuerpos en el límite* (1987). Generalmente, su obra estaba ligada a una reflexión sobre el fenómeno poético, a la constatación de los accidentes humanos más comunes a todos (filtrados por su propia experiencia del amor, la muerte o el vacío), o a una elaboración ontológica de las visiones de la naturaleza.

La resonancia de las voces de la mística, de la tradición meta-poética occidental, de la obra de María Zambrano y de José Angel Valente, eran fácilmente detectables, pero sin nunca caer en el mimetismo. Sin dejar de ser fiel a estas simpatías poéticas anteriores, con la *Balada de la misericordia* penetra el autor en un mundo casi sin explorar por la poesía española:

De izquierda a derecha: arriba, Jan Martínez, Carmen Valle, Alexis Gómez, Jaime Manrique, Octavio Zaya, Maritheim Costa y Manuel Ramos Otero, abajo Dionisio Barrientos y Roberto Echevarren.



los mendigos de Manhattan.

El principio brutal del primer poema en prosa nos sitúa repentinamente en un espacio concreto, Roosevelt Island, situada en el East River de Nueva York: «Vivo en una isla que en otro tiempo fue criadero de cerdos» desde donde «se siente la trepidante respiración de Manhattan en la otra orilla». El protagonista viaja entre esta isla y la ciudad como un espectador que observa —a la manera en que lo hace Baudelaire con los pobres del París decimonónico— y que ve en la soledad de los mendigos una proyección de su propia soledad, como poeta y como hombre.

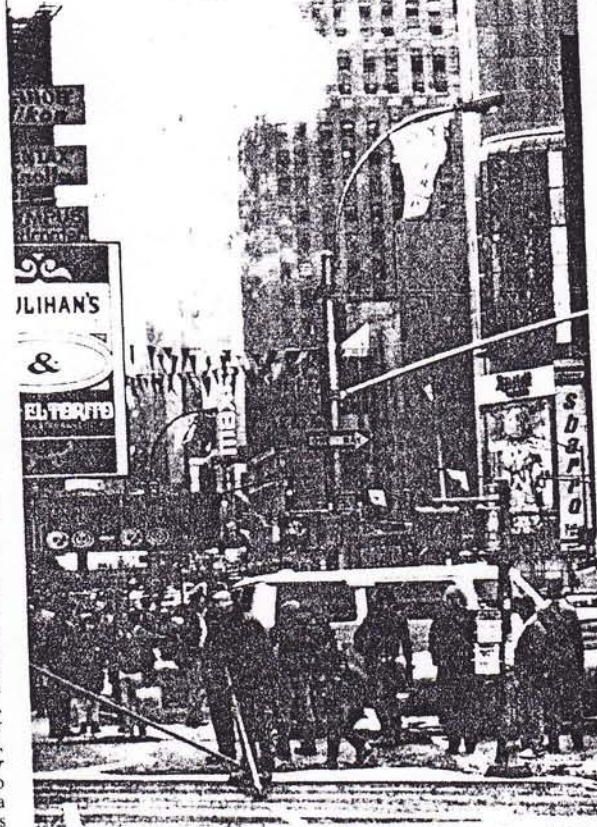
En el caso de *Puer profeta* (1990), que fue el primer libro de Juan Carlos Marset (Albacete, 1963), Nueva York pudiera parecer como un escenario remoto —tan irreal como el Londres del Eliot de *Tierra baldía*—, el cual, este escenario de la ciudad, le sirve para proyectar sus reflexiones sobre una crisis íntima y religiosa.

El misticismo como una forma del conocimiento (y del autoconocimiento) está en el fondo de todo este poema, tanto por la referencia a nombres de místicos ya conocidos como por los préstamos poéticos que se pueden consignar. Pero es un misticismo de orden filosófico y laico, como se puede encontrar en la obra de María Zambrano, José Angel Valente o Claudio Rodríguez. De igual modo, el tono salmódico y las referencias bíblicas enmarcan este poema dentro de lo más permanente y lírico de la tradición judeo-cristiana.

Nueva York representa para la poesía en lengua española un espacio desde el cual algunos de nuestros poetas han podido tomar distancia, respecto al lenguaje poético de su época, y de su país de origen, aun de la obra propia. Este fue el caso de José Martí, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca y, recientemente, Francisco Javier Avila (Madrid/Chozas de Canales, Toledo, 1961). Su libro, *Aquel mar de esta orilla*, que recibió el premio de Poesía Hiperión de 1990, es una de las propuestas más interesantes que he tenido ocasión de leer dentro de la poesía española última.

VOCES DISPARES. Avila recupera para la literatura española un impulso experimental mucho más jugoso y lúdico que viene a enriquecer nuestra poesía. Sus textos, a pesar de estar dotados de una fascinación que es muy propia de la escritura de este autor, no carecen de referentes estéticos, pero el autor los usa para favorecer la eficacia de sus propias aportaciones. Tal es el caso de la estridencia gramatical y léxica de la obra del peruano César Vallejo, de cierta narrativa hispanoamericana (Juan Rulfo, por ejemplo), del Lorca más irracional y de Miguel Hernández. Son voces muy dispares las que suenan en el fondo de este libro; pero también se oye el barroco español y los experimentos vanguardistas de principios de siglo. Estas presencias, que no son influencias, sino el empleo inteligente de una larga tradición poética, separan al libro de Avila de

Cada uno de estos escritores proviene de un ámbito cultural muy diferente y presenta una variadísima gama de registros



Nueva York se ha convertido en un motivo para muchos escritores hispanos

gran parte de la poesía española más reciente.

Sin duda el contingente de poetas puertorriqueños y cubanos que hoy escriben en Nueva York, por ser dos grupos de autores importantes (con los dominicanos), requeriría un estudio extenso y particularizado. No obstante, algunos de estos poetas aparecen ya en numerosas antologías, varias de ellas publicadas en España, y se les ha prestado últimamente mayor atención crítica, tanto en los Estados Unidos como fuera de aquí. Mas no quiero dejar de mencionar a algunos poetas fundamentales: de Cuba, Octavio Armand y José Kozer; de Puerto Rico, Iván Silén, Giannina Braschi, Marithelma Costa y Pedro López Adorno (entre muchísimos más). También hay que señalar que las mujeres poetas de los dos países antes mencionados son, en este momento, una de las fuerzas creadoras más sig-

nificativas e interesantes. Recientemente se ha publicado en España una antología, *Poetas cubanos en Nueva York* (1991), donde aparecen Magali Alabau, Alina Galliano, Lourdes Gil, Maya Islas e Iraida Iturralde; las cinco son poetas excelentes; y Gil e Iturralde, han jugado un papel fundamental en promocionar la poesía hispánica de Nueva York a través de revistas (algunas creadas por ellas mismas), lecturas y presentaciones públicas.

Isaac Goldemberg es un poeta y novelista peruano que se instaló en Nueva York en 1965. Su doble origen, judío e indígena, lo sitúa en la precaria posición de un *Hombre de paso*, título que dio a uno de sus libros publicado en los Estados Unidos (1981). En este volumen Goldemberg sitúa su historia personal dentro del contexto cultural y mítico más universal de su doble procedencia. En 1992, Goldemberg, publica otro libro de

poemas: *La vida al contado*.

Roberto Echavarrén (Montevideo, Uruguay, 1944), residente de Nueva York desde mediados de los años setenta. La poesía de Echavarrén parte de una voluntad de obliteración del referente que la hace hermética en una primera lectura. Para este autor lo que importa es crear una complicidad con el lector, y esa complicidad no es siempre fácil. Sin embargo, a pesar del culturalismo de sus textos, Nueva York penetra en todos los niveles: el espacial, el cultural, el humano.

Durante los años que Echavarrén lleva en Nueva York ha publicado dos libros de poemas: *La planicie mojada* (1981) y *Animalaccio* (1985).

Dos mundos más referenciales, aunque con una fuerte carga imaginativa, son los que nos ofrecen Raúl Barrientos (Puerto Montt, Chile, 1942) y Alexis Gómez Rosa (Santo Domingo, República Dominicana, 1950). Barrientos publica su primer libro de poesía en los EE UU, en 1981, *Ese mismo sol*, y desde la caída de Allende en 1973 ha deambulado por este país. En *El Libro de las imágenes* (1989), Barrientos, reúne lo más significativo de su obra.

Se puede decir que este escritor, como Gómez Rosa, hace parte de una línea poética donde el encadenamiento irracional de las imágenes va ordenando un significado global que, en el caso de Barrientos, parece ser el de una visión dolorida de la realidad, una cierta desorientación e inquietante certeza de que el mundo es un caos orquestado alrededor del sufrimiento.

EL AMBITO COTIDIANO. Gómez Rosa reside en Nueva York desde 1985 y se dedica a la creación publicitaria. En los últimos años ha publicado *Contra la pluma la espuma. Poemas 1980-1986* y *Tiza & Tinta (Antología poética)*. Su poesía es una continua reflexión sobre el fenómeno poético, la escritura, el lenguaje, la propia identidad y el tiempo.

Las anécdotas cotidianas del ámbito neoyorquino penetran continuamente en sus textos, aunque son simples apoyaturas para una reflexión de orden estético. La fuerte carga culturalista de su poesía es un modo de reaccionar contra la simplificación neorromántica y el coloquialismo vacío, o de orden político-social, de algunos de sus coterráneos dominicanos.

Como hemos podido ver, son muy variadas las voces poéticas que suenan actualmente en el ámbito hispánico de Nueva York. Son las voces de esta ciudad que, como ella, son muy plurales y diversas. También son modos muy variados de reaccionar a la problemática situación de vivir en un país ajeno.

La poesía mítico-existencial de Goldemberg, la hibridez intelectual de Echavarrén, la visión caótica y dolorida de Barrientos, y el sonambulismo metapoético de Gómez Rosa, son sólo algunos de los múltiples caminos por los que se ha orientado la poesía de lengua española escrita en Nueva York en los veinte últimos años.